

Dos poemas de *Campo Alaska**

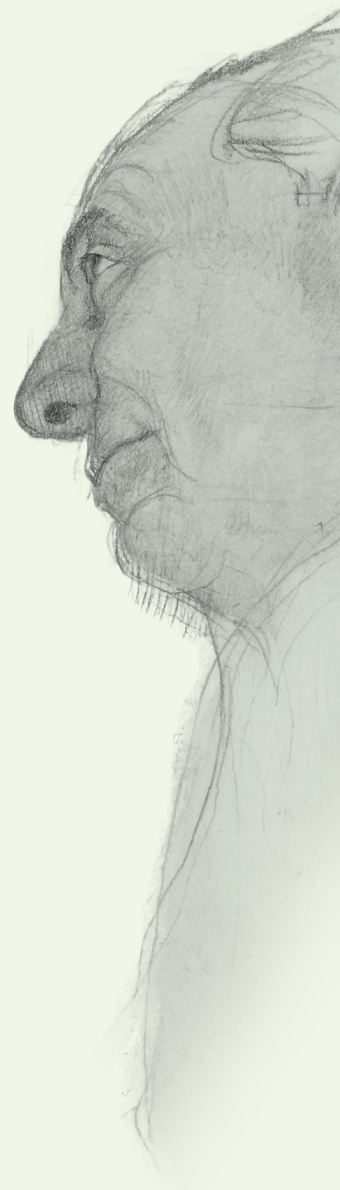
✎ POR JOSÉ JAVIER VILLARREAL

EL RELOJ, ESTA TARDE, DESPUÉS DE TANTO TIEMPO, DECIDIÓ
PARAR SU MARCHA;

tal vez a las cinco cuarenta y seis haya sucedido,
 en alguna parte, algo de cierta importancia:
una idea en la mente de alguien haya madurado, cobrado peso
 y color, gusto y aroma como una fruta;
una carta haya sido finalmente enviada o un teléfono
 haya sonado en una habitación casi a oscuras;
quizá, tal vez, en realidad, no haya pasado nada
 fuera de que este reloj paró su marcha,
de que la batería ya no pudo arrastrar más sus manecillas
o la maquinaria se cansó de ensamblar los diente-cillos,
 unos con otros, de sus ruedas dentadas;
tal vez sólo sea el largo y ancho silencio que ahora
 se siente en la habitación,
las huellas del gato o los húmedos copos de nieve
 sobre el cojín de las sillas,
la puerta y la ventana que no dicen nada guardando
 una complicidad que las delata.
Es obvio que ya no son más las cinco cuarenta y seis,
 la hora exacta en que el ofendido jaló del gatillo
 y vio con terror que su enemigo seguía en pie;
la hora que le dijeron y le hizo comprender que él
 ya no llegaría;
la hora cuando un viento nos recorre la espalda
 o nos golpea en la boca del estómago

* (de próxima aparición en Almadía)

tal vez porque una idea ya ha madurado lo suficiente
en nuestra cabeza provocando que el cuerpo
se nos afloje y busquemos dónde apoyarnos,
o sea la carta que acabamos de leer y nos deja desnudos,
a la intemperie, o esa llamada que nos ha cortado
con el filo de su última frase;
tal vez todas éstas sean sólo coincidencias y se trate
en realidad de una batería vencida o de una maquinaria
gastada,
de un reloj que, esta tarde —precisamente—, después
de tanto tiempo decidió parar su marcha.



TENGO UN LIBRO DE ENRIQUE LIHN ENTRE LAS MANOS,
una edición del Fondo con su rostro en la portada.

Hay una moda por reproducir a los poetas en las portadas
de sus libros,

un jirón de tela que cubre cada letra, un vértigo
que se desata desde la mayúscula.

Hace tiempo que el libro se empolva al lado de mi cama,
bajo mi lámpara de noche;

la noche, por otra parte, es una ciudad con numerosos
puentes e incontables

autos que los cruzan y no cesan, nunca se detienen.

Me doy cuenta que Enrique Lihn tiene 2 tremendas arrugas
que bajan por su frente,

marcas o cicatrices que se van formando como fallas
geológicas,

como veneros que de pronto se agotan, como el jefe
de la tribu que se queda pasmado

viendo un atardecer o sintiendo las primeras gotas
de la tormenta.

Yo también tengo una arruga-cicatriz que baja por mi sien
izquierda, testimonio quizá

de alguna pesadilla, de un mal hábito, de la torpeza,
de las malas

noticias, del eco que, es fecha, se filtra desde una casa
que no existe.

Espero muy pronto leer el libro; todo el mundo me dice
que se trata de un poeta magnífico.

Yo veo su rostro en la tapa antes de apagar la luz,
de estirarme sobre mis sábanas,

antes de dar por clausurado el día, de hacer un alto
y cerrar los ojos. Él tiene 2 arrugas,

yo sólo una. No lo he leído y ya tengo cincuenta años.

Quizá deba esperar, hacer un poco de tiempo,
demorar mi lectura.

Me paso el dedo por la frente y palpo mi cicatriz, mi única
cicatriz, pero

¿por cuánto tiempo?

Quizá mañana deba comenzar a leerlo. Quizá mañana,
cuando amanezca.

